

MARIA pura de la dicha aurora
 Luz de la Fé, final de la Esperanza,
 De Caridad antorcha brilladora;
 Alivio del dolor, y confianza
 Del infelice huérfano que llora;
 De gracia y bienes perennal donanza,
 Celeste inspiracion; ¡has que mi canto
 No se haga indigno de tu Nombre Santo!

Vuela hácia el templo de Salem hermosa
 Esta posturada en oracion de linajosa
 Fijos en tierra los cerebros ojos
 Que prestan luz a la mansion preciosa

CANTO PRIMERO

PRIMERA PALABRA

— *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?*
 — ¿Cómo será esto, porque no conozco varon?

(SAN LUCAS, cap. 1, v. 34.)

*

* *

Toca su término una tarde bella.
 Del sol de Marzo la encendida lumbre
 Aun se palpa caliente en la techumbre.
 De la estancia que habita una doncella.

¡Es MARIA! ó bien en lengua hebrea
Estrella de la mar, sin mancha humana,
 Y en la de Siria *Reina ó Soberana*,
 Virgen de Nazareth allá en Judea.

Vuelta hácia el templo de Salem hermosa
 Está postrada en oracion de hinojos,
 Fijos en tierra los cerúleos ojos
 Que prestan luz á la mansion preciosa.

Ora y medita en sosegada calma
 Mientras torna José de sus labores;
 José de cuya vara brotan flores,
 El esposo castísimo de su alma.

Con El en castidad habita pura,
 Porque de ella los dos el voto hicieron,
 Y el niveo velo con que se cubrieron
 Jamás perdió su virginal blancura.

—Así dos azucenas suspendidas
 De un mismo tallo en soledad ignota,
 Ninguna de ellas su perfume agota
 A impulso de mundanas sacudidas.

Oraba la doncella, y de repente
 A su lado, de blonda cabellera
 Mira un ángel de luz, que reverente
 No alza los ojos á su faz siquiera.

Era Gabriel, de Jehová divino
 Mensajero feliz que en aquella hora
 Principio daba á su imperial destino,
 Diciendo á la doncella encantadora :

—“Dios te salve, María, de gracia llena,
 “El Señor es contigo, y bendita eres
 “Tú no más entre todas las mujeres.” (1)
 Así el ángel habló con voz serena.

Mas la tímida Virgen, no entendiendo
 De tal salutacion justo el motivo,
 En su faz se dibuja un temor vivo,
 Por lo que el ángel prosiguió diciendo :

—“Nada temas, María, que has hallado
 “Plena gracia delante del Dios bueno,
 “Y hé aquí concebirá tu casto seno
 “Y un Hijo parirá, Jesus llamado.

“Será grande y nombrado de Dios Hijo,
 “Y tendrá de David el trono augusto,
 “Y só la casa de Jacob el justo
 “Su reinado estará por siempre fijo.”

Calló Gabriel, y su acento
 Quedó vibrando en la estancia,
 Confundido en la fragancia
 Del misterioso aposento.

A sus palabras comprende
 La Doncella Inmaculada
 La celestial embajada,
 Y su pudor se sorprende.

Pues mientras el mensajero
 Hablaba, ya de María
 Purpúreo rubor cubria
 El semblante placentero.

Mas luego con voz suave
 Que las auras envidiaran,
 Y para sí ambicionaran
 La brisa, el céfiro y la ave:

Con virginal emocion
 Dijo su labio modesto:
 “¿Cómo podrá ser aquesto
 “Si no conozco varon?”

Así al ministro del cielo
 La Doncella interrogó,
 Porque al oírle miró
 De vírgen su blanco velo.

Pues si daba á los favores
 Celestiales gran valía,
 También en mucho tenía
 Su alba corona de flores.

—Así ante el puro arrebol
 La maravilla galana
 Plega su corola ufana
 Antes que la toque el sol.

Y sus pétalos recoge
 De Jericó fresca rosa,
 Cuando presente medrosa
 Que alguna nube la moje.

Y la tierna sensitiva
 Que en grata calma florece,
 En su tallo se estremece
 A la impresion ménos viva.

—¿Cómo, pues, la sin igual,
 Pura, escogida María,
 El perder no sentiría
 Su blanquísimo cendal?

¿Cómo el tímido pudor
 No dar sus tintas de rosa
 A la mejilla preciosa
 De quien nació en una flor?

¿Cómo á la voz de Gabriel
 No agitarse la Doncella,
 Siendo la rosa más bella
 Del jardin, prado y verjel?

¿Cómo no alarmar su pecho
 El anuncio inesperado,
 Cuando habia consagrado
 A Dios su virgíneo lecho. . . ?

—María! la fundadora
 De la castidad; santuario
 De la misma, y relicario
 Divino do se atesora:

Con tu velo virginal
 Encúbrete pudorosa,
 Tú, la purísima Esposa
 Del Esposo celestial!

*
 * *

¿Cómo, Señor, negar tu omnipotencia?
 ¿Cómo no creer en Tí cuando en la tierra
 El exceso ¡gran Dios! de tu clemencia
 Al hombre dió cuanto en su seno encierra?

Pero aun le diste don de más valía
 Que cuantos guarda el universo entero:
 Le diste ¡oh Dios! la Virgen que venero;
 ¡Le diste á la sin par pulcra MARIA!